

LA TARDE DE LORCA

DIARIO DE AVISOS FUNDADO EN ENERO DE 1907
DIRECTOR: J. LÓPEZ BARNÉS

AÑO XVIII

Redacción: Avenida de la Estación, Letra D. B. bajo

Sábado 16 Enero 1926

Teléfono núm 90

N.º 4.550

CENTRO POLITECNICO DE SANTO TOMÁS DE AQUINO

Director D. Santiago Payá Pérez
Doctor en Sagrada Teología y Derecho Canónico

Primera y Segunda enseñanza, preparación de carreras especiales, universitarias y magisterio.

CLASES NOCTURNAS

de las materias anteriores y Francés, Dibujo y Partida Doble

HORAS DE 7 A 9

PLAZA DE SANTIAGO 6

TELÉFONO N.º 53

Teatro Guerra

«EL SONÁMBULO»

(Quisicosa antiliteraria en tres partes y mala prosa de M. Seca)

Hace un puñado de días, que se estrenó en Madrid para vergüenza del arte dramático español, «eso» que vimos anoche en el Guerra, titulado «El sonámbulo» del Sr. M. Seca.

Pues bien: horas después la autorizada pluma de Leopoldo Bejarano, distinguido redactor de «El Liberal» de Madrid, hacía público desde las columnas del importante diario, en un magnífico y acerado artículo, un rasgo del ilustre «burócrata» Sr. M. Seca, de esos que enaltecen a un literato.

Es el caso, según contaba Bejarano, que un amigo suyo, novelista y autor dramático, don Juan Bta. Bergua, ha escrito una comedia; ha tenido la debilidad de ir a leerla a M. Seca, buscando el apoyo de este cacique teatral para que se recomendara su estreno; y M. Seca, procediendo con una alteza de miras que para sí la quisiera el «Meleñas» después de oír y elogiar la comedia del Sr. Bergua, por su originalidad y buen desarrollo, piensa el hombre en su mano y ¿para qué os quiero, escrúpulos? Se apropia la idea original del Sr. Bergua, y escribe «El sonámbulo» con la tranquilidad de... un justo ¿Qué tal el rasgo del ilustre «asacador»? La cosa no tiene malicia.

El artículo de Leopoldo Bejarano, valientemente escrito, ha causado la consiguiente impresión en los círculos literarios madrileños. Ha intervenido Perico Pérez; han intentado que rectifique Bejarano; a éste no le ha dado la real gana, y ha empujado más. M. Seca, según parece ha visto a Bergua, prometiéndole que será en adelante su Mecenaz — ¡ah, picarín!— si no se habla más del asunto... ¡En fin, la mar, y M. Seca buceando! Regáله usted una escafandra Sr. Bergua, que quizás, quizás, tenga ya muy usada la suya el Sr. M. Seca.

Sobre el mismo asunto, arremetía ayer, de nuevo, en «El Liberal» Leopoldo Bejarano. ¡Que le ha salido un granito en la nariz, al originalísimo, sí que también ilustre «escritor» M. Seca.

Y todo esto, señores míos, para hacer ese juegucito campesino que vimos anoche...

¡Lástima que Llano, que es un buen actor y un verdadero amante de su arte, en el que tanto se distingue, gaste el tiempo en estudiar esas cosas! Aun cuando las cosas de M. Seca, se hacen con cuatro ensayos: es verdad, que tampoco merecen más.

En la interpretación se distinguieron la Sra. Fábregas y el Sr. Llano, a los que tengo verdadero deseo de ver interpretar obras teatrales, para hacerle la justicia que merecen.

Esta noche la magnífica

LA VALENCIANA :-: Zapatería

GRANDES EXISTENCIAS EN TODAS LAS CLASES

Zapatillas de paño en todos los colores con piso de goma
Id. id. id. id. id. id. piso suela clase fina
Botas de paño para Señora y Caballero

PROPAGANDA

Zapato de oscaría negro, cosido, todo suela, para Caballero 14 pts
Bota id. id. id. id. id. 15 pts
Varios Modelos a realizar, zapato de charol para señora 14 pts.
Además, un lote de varios pares para señora, negro y color 6 pts

Para comprar barato: «La Valenciana»

ZORRILLA 1.—LORCA.—TELÉFONO 427

DOCTOR DELGADO RUBIO

OCULISTA

Del Instituto Oftálmico Nacional

CORREDERA 19 (CASA DE FRIAS)

CONSULTA DE 10 A 1 Y DE 3 A 5

Especiales á horas convenidas

GRATIS A LOS POBRES

comedia de Nicodemi, «La enemiga».

CELIPIN

SEÑORAS CARTERAS

Y

BOLSOS

ULTIMAS NOVEDADES

Casa Meseguer

PLAZA CONSTITUCION

Para LA TARDE

CRONICA

El valor del triunfo

El que triunfa cuenta siempre con una respetable mayoría propicia a darle la razón y aun a dedicarle sus más halagadores aplausos, por muy viles que hayan sido los medios empleados para lograr el triunfo y por muy absurdos que fuesen sus fundamentos y consecuencias. Triste verdad que todo mediano observador puede comprobar y cuya génesis sólo debe buscarse en el bien surtido arsenal de las imperfecciones humanas.

No ya en el terreno de las creencias, donde una doctrina aparatosa, hábilmente predicada por un cerebro superior y una palabra sugestiva, puede arrastrar a millones de creyentes, que en su loco fervor, acaban por edificar al héroe, sino, en el más real y tangible de los hechos vulgares, al alcance de la más tosca inteligencia para su calificación,

propende la humanidad a la idolatría en favor del que sube, del que vence, del que queda encima y al consiguiente desdén por el caído, por el humillado, sin reparar siquiera en la índole de las circunstancias que hubiesen motivado la victoria o la humillación. Y hoy admira y reverencia al ambicioso negociante, que, tras detentar en mil ruines formas el dinero de su prójimo, logró enriquecerse; otro día bate palmas en loor de quien inclinó en su propio favor, con malas artes, la balanza de la justicia, con daño manifiesto de alguna víctima inocente, cargada de razón; y, en resumen, siempre ofenderá la humanidad su admiración y su aplauso al que en los conflictos saiga vencedor, sin pararse a analizar el proceso y las causas de tales triunfos. Si el victorioso real o aparentemente, debe ser la primordial preocupación de todo el que estime en algo el fallo social. Una vez en posesión de la victoria, nada debe temer ya de los ayes lastimeros de sus víctimas, de ulteriores sanciones sociales, ni de posibles retrocesos de la vana vindicta pública. Triunfó, y ese solo hecho le absuelve de todos sus pecados, poniéndole a cubierto de todo castigo. Triunfó, y ello es bastante para que ya nadie se ocupe de razonar la legitimidad de su triunfo. Es, en definitiva, la maldad humana la que tal proceder inspira.

El hombre, como las fieras, goza un placer macabro y cruel a la vista de las víctimas, tanto mayor cuanto más despedazadas, sangrientas y escarneadas se muestran ante sus ojos. Lo que pide en los conflictos de toda fu-

dole es que haya víctimas que sienten esa malsana avidez de suplicios que le enajena. Por eso siente gratitud, rayana en la admiración, por el triunfador que se las proporciona. Aplauden las apiñadas multitudes a los gladiadores en el circo romano, cuando logran estos dar el golpe certero y definitivo a sus adversarios, cuya sangre enrojecía la arena. Aplauden hoy nuestros públicos taurófilos a la astada fiera, cuando hunde sus afilados cuernos en el cuerpo inocente de los mansos caballos, y cuentan con fruición el número de ellos que entregan sus laboriosas vidas a la vorágine de la afición. La importancia de los combates no se tasa por el heroísmo derrochado en ellos, por la pericia estratégica que los presidió, ni por las ventajas alcanzadas con la victoria; se tasa por el número de víctimas, único de talle que logra interesar. Si en un accidente o catástrofe no ocurren desgracias personales, ya pierde todo interés su conocimiento. El rumbo que ha tomado en estos tiempos la antes aludida, afición taurina, da la más clara idea de nuestro pensamiento. Ya no se aprecia el arte castizo del toreo; lo que se piden son víctimas en la arena, emoción engendrada por el máximo peligro. Mientras la lidia se desliza por sus normales cauces, el público bosteza y se aburre; solo cuando un diestro es alcanzado y herido por el toro, la muchedumbre se agita, comenta con viveza, aplaude y se retuerce de placer. Ese es el hombre al desnudo.

Si el hombre gusta de las víctimas, las apelea, las necesita; por eso da siempre la razón al vencedor, sea quien sea, porque le queda agradecido, y olvida y desprecia al vencido, como arroja la punta de un cigarro después de haberlo saboreado. Esta perversa condición, se pretende enmascararla y tergiversarla de mil modos diferentes, se rebuscan argumentos que nunca faltan para justificar el proceder villano del vencedor; se echa sobre la víctima todo el peso de sus defectos, (¿quién no los tiene?), cuidando de abultarlos cuando sea posible, a fin de que su castigo y su humillación sean tenidos por cosa esperada, lógica y merecida. Pero, adviértase que la admiración hacia el vencedor no es sincera, por cuanto no es a sus intrínsecos méritos personales a los que se tributan alabanzas, sino a su función de ocasionador de víctimas. Cuantos en el mundo se dediquen al innoble oficio de ocasionar la desventura a sus semejantes y logren someterlos y humillarlos, gozarán del aplauso de la humanidad, mientras nuevas normas